

El camino de Alejandro

José Miguel Vilar-Bou

Alejandro Magno dejó atrás su mar y con un ejército de hombres confiados en él fue en busca del otro. En el camino tomó Fenicia, Anatolia, Judea, Siria, Gaza, Egipto, Bactriana y Mesopotamia. Llevó sus artes bélicas hasta Persia y a los persas derrotó. Y destruyó el misterio de aquel mundo de ojos negros haciendo que sus oficiales se amasen con mujeres oscuras y tersas de la tierra de la perfección.

Pero vio que el mundo no acababa en aquellos valles y desiertos, y decidió atravesarlos. Pisó tierras con ciudades e idiomas alzados por hombres muy distintos a él y quiso poseerlos. Y más allá había una región pedregosa sin nada de valor excepto sus habitantes quemados y duros. A todos quiso hacerlos suyos y con su ejército los conquistó. Y en la lejanía asomaron unas montañas tan altas que asustarían a un dios. Pero a Alejandro, que era mortal y conquistador, no. Así que ascendió hasta las nieves que rozaban el cielo, y todos los extrañísimos pueblos que se cruzaron en su camino cayeron bajo la espada. Y sólo entonces sus hombres, tan lejos del hogar que ya no se sentían hombres, se atrevieron a decirle:

—¿Adónde nos llevas, Alejandro? ¿No ves que tras cada tierra hay un mar y tras ese mar una nueva tierra? ¡No darás con el fin del mundo, pues el mundo no tiene fin!

—¡Seguiremos, cobardes! —replicó él— ¡Seguiremos más allá!

Pero Alejandro, tan poderoso como era, no sabía que aquello que conquistaba ya no le pertenecía en cuanto lo dejaba atrás y se marchaba en busca de nuevas tierras, pues a su paso no quedaba nada construido ni ninguna autoridad verdadera. Nada le aguardaba delante y nada le permanecía fiel detrás. Y los hombres de Macedonia y las mujeres de Persia que él unió enseguida dejaron de amarse. Y en el futuro sólo le esperaba la muerte, como a todos. Y su ejército era una isla solitaria de ambición humana en la inabarcable piel del Universo.